

Del autor de *La casa en el mar más azul*

BAJO MI PIEL



TJ KLUNE

CROSS
BOOKS

TJ KLUNE

BAJO

MI

PIEL



Uno

Iba cantando el tema que sonaba en la radio.

Algo sobre coger una canción triste y mejorarla.

Después, rompió a reír hasta que casi no pudo respirar.

Cruzó la frontera de Douglas County justo antes de que terminara otra canción. Daban un boletín horario a la hora en punto.

Habían matado de un tiro a una cantante llamada Selena en un hotel de Texas. Nunca había oído hablar de ella.

El vuelo 371 de TAROM, con origen en Bucarest y destino a Bruselas, se había estrellado poco después del despegue. Las sesenta personas que iban a bordo fallecieron. Se había iniciado una investigación. Por el momento no se sospechaba que hubiera un móvil terrorista.

El cometa Markham-Tripp, descubierto el año anterior, se aproximaba. Ya podía verse en el cielo si uno sabía hacia dónde mirar, pero no se preocupen, amigos oyentes: nos pasará de largo a toda velocidad antes de alejarse en la inmensidad del espacio.

Seguía sin haber declaraciones oficiales sobre el helicóp-

tero que se había caído en las inmediaciones del Centro de Entrenamiento de Guerra de Montaña del Cuerpo de Marines en el norte de California la semana anterior. La causa seguía investigándose, aunque daban a entender que tenía algo que ver con la fuerte tormenta que había causado estragos en la zona. Las fuentes oficiales no aclaraban si se habían producido víctimas mortales.

Y ahora, el pronóstico del tiempo. Va a hacer un día precioso. ¿Han visto qué solazo? ¿A que es increíble?

Era el 31 de marzo de 1995.

Continuó conduciendo hacia el sur.

La temperatura exterior descendía a medida que se internaba en las montañas. El sol le calentaba la mano que tenía colgando por la ventana. El cielo azul se extendía hacia el infinito. Había nubes, pero solo un puñado.

«Bonito día —pensó—. Y cómo no iba a serlo. Así son las cosas».

Llegó al pueblo a última hora de la tarde. Había una señal vieja y con las letras desvaídas. Estaba ahí desde que él era un niño y sus padres lo habían llevado a pasar unas semanas en la cabaña. Decía:

Roseland, Oregón

Población: 827. Fundado en 1851

Altitud: 715 metros

¡La puerta de las Cascadas!

Pasó por delante de una cafetería y de una iglesia. Había comercios a ambos lados de la calle, algunos de ellos abiertos. Todavía faltaban uno o dos meses para el inicio de la temporada turística, pero estarían preparados. La gente que

acudiría en coche desde las grandes ciudades para huir del agobio del calor y la rutina gastaría su dinero y se haría fotos antes de marcharse por donde había venido.

El aire estaba impregnado de los aromas de las agujas de pino y la tierra. Se sentía como si volviera a tener diez años y sus padres aún estuvieran enamorados como dos tortolitos. Se reían y cantaban a coro con la radio. Jugaban a los típicos juegos para entretenerse en los viajes por carretera: el veoveo; las veinte preguntas o al juego en el que intentaban avistar matrículas de todos los estados. No había tardado en descubrir que ese era imposible de ganar. Lo máximo que había conseguido había sido ver coches de siete estados distintos, y eso en un buen día. Una de las matrículas era de Maine, un lugar que se le antojaba remoto.

Divisó el letrero de la gasolinera antes que la gasolinera en sí. Aunque giraba lentamente, consiguió captar las palabras BIG EDDIE: GASOLINERA Y TIENDA 24H. Exhaló un suspiro de alivio. Menos mal que algunas cosas no habían cambiado, a pesar de todo.

Entró en la gasolinera y las ruedas de la camioneta pasaron por encima del fino cordón negro. Una campana tintineó en el interior de la tienda mientras se detenía junto al surtidor. Apagó el vehículo y se quedó escuchando los leves chasquidos del motor.

Se pasó la mano por el rostro antes de abrir la puerta y apoyar los pies en el suelo. Al estirar la espalda, la oyó crujir. Aunque tenía solo veintisiete años, los días en que podía pasarse horas sentado en un coche sin que nada sucediera habían quedado atrás. Se le destensaron los músculos. Era una sensación agradable.

La puerta de cristal de la tienda se abrió de golpe, y un hombre corpulento salió limpiándose las manos con un trapo. De no ser por su sonrisa, su aspecto habría resultado

alarmante. Él nunca había visto en ningún sitio a una persona de semejantes dimensiones. Debía de ser por el aire de las montañas.

—Vaya, éramos pocos y parió la abuela —dijo Big Eddie Green, con un vozarrón profundo—. Pero si es nada menos que Nate Cartwright.

Nate le dedicó una sonrisa forzada.

—Big Eddie. Me alegra comprobar que sigues al frente de este tugurio.

—Cuidado con lo que dices —repuso Big Eddie, pero sin dejar de sonreír, con un diente un poco torcido que le daba una apariencia entrañable. Tendió una manaza ligeramente manchada de grasa. A Nate no le importó y le tendió la suya. Big Eddie daba un apretón firme, pero no apretaba para demostrar su fuerza como un gilipollas. Él no era así en absoluto, al menos hasta donde sabía Nate. No veía a Big Eddie desde que cumplió veintiún años, la última vez que había ido a la cabaña. Además, en el fondo no eran amigos, aunque Big Eddie podía trabar amistad con quien se lo propusiera. Había algo en su sonrisa que reconfortaba a Nate. Le producía una sensación de familiaridad que le partía el corazón.

—¿Vas a la montaña? —preguntó Big Eddie, dirigiéndose hacia el surtidor—. ¿Sin plomo está bien?

—Sí —dijo Nate, recostándose contra la camioneta. Miró al interior de la tienda a través del escaparate. Un chico estaba inclinado sobre el mostrador, garabateando algo frenéticamente, con la lengua asomando entre los dientes como si estuviera muy concentrado—. Hostia, ¿ese es Benji?

Big Eddie se rio.

—Sí —dijo, y Nate percibió el afecto en su voz áspera y dulce—. Está pegando el estirón. Nos lleva de cabeza a su madre y a mí. Es un trasto. Qué locura, ¿no?

—Pues sí —dijo Nate porque se suponía que debía mos-

trarse de acuerdo. Así funcionaban las conversaciones. Así hablaban las personas unas con otras. Era algo que a él no se le daba muy bien. Y ahora que estaba huyendo al quinto pino, dudaba que fuera a tener muchas otras oportunidades de practicar.

El surtidor de gasolina runruneaba.

Big Eddie lanzó un silbido tras echar un vistazo a la caja de carga de la camioneta.

—Qué de provisiones llevas. ¿Piensas quedarte mucho tiempo?

Nate se encogió de hombros.

—Una temporada, supongo.

La sonrisa se suavizó.

—Siento mucho lo de lo de tus padres. Fue... en fin. No sé qué más decir. Debió de ser muy duro. No puedo ni imaginar lo que se siente, así que no voy a insultarte fingiendo que me lo imagino.

Nate no sabía muy bien qué responder. Fue muy duro, desde luego. Vaya si lo fue. Los casos de asesinato-suicidio suelen serlo. Su padre se había presentado en casa de su madre, resentido y malhumorado, como siempre que bebía. Había estallado una discusión. Los vecinos declararon que oyeron gritos, pero pensaron que era la tele o una trifulca doméstica común y corriente en la que no encontraron la manera de intervenir. Nate no se lo reprochaba, más que nada porque su padre se había dirigido hacia la misma camioneta en la que estaban recostados Big Eddie y Nate, había agarrado su escopeta, había entrado en la casa con ella y le había descerrajado un tiro a su exesposa antes de volarse él mismo la cabeza.

No era fácil, le había dicho el inspector, con voz suave y cansada, suicidarse de un escopetazo. Y, sin embargo, el padre de Nate había hallado el modo. Sentado en una silla, su-

jetando el arma entre las piernas, se había colocado la boca del cañón bajo la barbilla y había usado nada menos que el dedo gordo del pie para apretar el gatillo. Todo había quedado hecho un asco.

O, por lo menos, eso suponía Nate. Él no había vuelto a poner un pie en la casa de su madre después de aquello. Su hermano se había ocupado de todo. Hay empresas que ofrecen esos servicios, le había dicho su hermano por teléfono. Acuden al escenario del crimen y lo dejan como una patena. Te cobran un pastizal, pero arreglan lo que pueden. No pueden arreglarlo todo, claro, pero para eso están las empresas de reformas. Se encargarían de que la casa estuviera en condiciones antes de que la pusieran en venta.

Habían hablado una vez más después de eso. «Papá te dejó su camioneta —le dijo su hermano—. Mamá te dejó la cabaña».

«Ah», fue lo único que él había podido decir. Ah.

Lo que le habría gustado decir era ¿cómo había podido ocurrir algo así? ¿Cómo habían llegado las cosas tan lejos? Ellos tenían sus problemas, por supuesto... Estaban divorciados, joder. Pero su padre nunca le había levantado la mano a nadie. No era el tipo más agradable del mundo, pero nunca les había pegado. Tampoco a ella. Ni una vez. Él no era esa persona.

—Ya —le respondió Nate a Big Eddie—. Fue duro.

El hombretón asintió.

—¿Tendrás agua en la cabaña?

—Llamé a los de la compañía hace un par de días. Se supone que vendrán mañana. El generador se ocupará del resto. Supongo que no hará demasiado frío, al menos durante mucho tiempo.

—Para nada. Ya no queda nieve. Hemos tenido un invierno suave este año. En Navidad hacía más de quince gra-

dos. Me imagino que querrás que te llene de gasolina los bidones que llevas ahí detrás.

—Si no es mucha molestia...

—Faltaría más, Nate. ¿Has vuelto ahí arriba desde...?

—No.

Big Eddie asintió despacio mientras sacaba los bidones vacíos de la camioneta.

—Tu madre estuvo aquí. En septiembre del año pasado, creo. Vino con una amiga. Josie, ¿puede ser? ¿Josie?

—Joy.

—Eso: Joy. Se reían mucho y sonaban como dos gallinas cluecas. Se quedaron ahí arriba un par de semanas. No las vi cuando bajaron. Tu madre estaba contenta, Nate. Por si querías saberlo.

—Gracias —consiguió decir Nate, aunque no fuera ese el consuelo que buscaba. Ella estaba contenta. Ella se reía. Hacía años que él no tenía noticias de ella, pero, oye, lo estaba pasando bomba. Pues de puta madre—. Qué... bien. Gracias.

—Habló de ti, ¿sabes? —aseveró Big Eddie como quien no quiere la cosa, como si estuvieran de palique—. Dijo que te iba muy bien. Que vivías en Washington. Que eras reportero o algo así.

—Periodista —lo corrigió Nate, por la fuerza de la costumbre.

Big Eddie sacó la boquilla del surtidor del agujero del depósito y la insertó en uno de los bidones.

—Eso: periodista. Dijo que eras periodista y que trabajabas para el *Post*. Parecía superorgullosa de eso.

A Nate le entraron ganas de reír, de gritar, de aporrear la camioneta con las manos y exigirle a Big Eddie que dejara de hablar de cosas de las que no tenía ni puta idea. Sí, claro, tal vez su madre estaba «orgullosa», tal vez parloteaba hasta por los codos, pero ¿qué derecho tenía? No había movido un

dedo cuando su padre le había dicho a Nate que se fuera a tomar por culo, que no podía tolerar tener un hijo marica. Ella no había dicho ni una maldita palabra en su defensa mientras su padre le gritaba que iba a pillar un puto cáncer de maricas como todos los demás bujarrones. No había hecho nada cuando él la había mirado con cara suplicante para que dijera algo, lo que fuera. Tenía los ojos desorbitados, horrorizados, y le temblaba el labio inferior, pero se había quedado callada, lo que la había convertido en cómplice.

Estaban de pie frente a la puerta de la cabaña, ¿no? En teoría ni siquiera debían estar ahí arriba. Ellos ya le habían anunciado meses atrás que iban a divorciarse, así que el hecho de que estuvieran juntos resultaba desconcertante. En aquel momento él intentaba desesperadamente taparse a sí mismo y a su novio, con la piel reluciente de sudor y el corazón desbocado. Se sentía avergonzado por motivos que no acababa de entender. No estaba haciendo nada malo. Era un adulto. Tenía derecho a estar en la cabaña con quien quisiera, pero se había sentido culpable al ver la cara de asco de su padre y los ojos llorosos de su madre. Se había sentido fatal.

Después del incidente, él y el otro tío se habían marchado deprisa y corriendo, con las bolsas de viaje llenas pero no cerradas. Sus padres, sentados a la mesa de la cocina, ni siquiera habían alzado la vista hacia él. Se había olvidado una de sus botas de senderismo. La había recibido por correo dos meses después, sin una nota, sin remitente, pero él sabía que se la había mandado su madre.

La tiró a la basura.

El novio no le había durado mucho después de aquello. Un par de semanas más. Daba igual. No era nada serio, simplemente una distracción.

Ahora la cabaña era suya.

Y también la camioneta.

Pues muy bien. Ellos estaban muertos, y él había heredado dos cosas que en esencia no le servían para nada.

Tal vez debería quemarlas. Ahora que estaba sin trabajo, tenía tiempo de sobra.

Qué estupendo que ella estuviera orgullosa. Qué puta maravilla.

—Genial —dijo con voz inexpresiva—. Me alegra oírlo.

Tarareando por lo bajo, Big Eddie terminó de llenar el primer bidón y pasó al segundo.

—¿Tienes línea de teléfono ahí arriba?

Nate negó con un gesto.

—¿Y un teléfono móvil?

Sí, tenía uno.

—¿Por qué?

—Te voy a dar mi número, por si necesitas algo. Estando ahí arriba solo, podría pasarte algo, Nate. No está de más tomar precauciones.

—Dudo que funcione ahí arriba. —Si su cobertura ya era inestable en aquel paraje perdido entre las montañas, seguramente cuando llegara a la cabaña la perdería del todo.

—Aun así, más vale prevenir que curar.

Tenía razón. Nate rodeó el vehículo hasta la puerta del conductor. Sobre el asiento corrido estaba el teléfono, un Nokia rojo con una raja en medio de la pantalla de cuando se le había caído en la acera mientras hacía malabarismos con dos cafés. Big Eddie le cantó su número, y Nate lo introdujo en el móvil antes de guardarlo en la lista de contactos bajo el nombre EDDIE.

Después de alzar los bidones para depositarlos en la caja de la camioneta, Big Eddie se limpió las manos con el trapo que llevaba en el bolsillo. Echó un vistazo al contador de la gasolina.

—Son treinta y seis dólares con cincuenta, a menos que necesites algo de la tienda. Es tu última oportunidad antes de llegar a esa cabaña en medio de la nada.

Sacudiendo la cabeza, Nate sacó la cartera en la que llevaba la tarjeta de débito, que tenía desde hacía solo unos meses. Era algo nuevo, y lo asombraba un poco comprobar cuánto más sencillo resultaba pagar con ella que en efectivo o con un cheque.

Big Eddie le dedicó otra amplia sonrisa.

—Vuelvo enseguida.

Nate lo observó alejarse.

Al oeste, el sol declinaba. Faltaban solo un par de horas para el anochecer, y Nate estaba ansioso por volver a la carretera. Le quedaba una hora de trayecto, cuyo trecho final discurría por caminos de tierra irregulares en los que no era muy cómodo conducir a oscuras. Aún le dolía un poco la cabeza, los últimos vestigios de algo que le había taladrado el cerebro durante buena parte de la mañana.

Big Eddie estaba dentro de la tienda de la gasolinera, diciéndole algo a su hijo. Nate vio que intentaba acariciarle la cabeza, pero Benji le apartó la mano con brusquedad y el hombretón soltó una risita. Dijo algo más y el muchacho miró hacia fuera a través del escaparate. Nate movió ligeramente la mano a modo de saludo. Benji le devolvió el gesto con su escuálido brazo, agitando el cuerpo entero. Big Eddie se rio al salir, pero como estaba de espaldas a la puerta no vio a su hijo fruncir el ceño.

—Las mates —dijo mientras se acercaba—. Se le están atravesando un poco.

—Son una mierda —dijo Nate—. A mí tampoco se me daban muy bien.

Big Eddie le entregó la tarjeta y el recibo.

—No entiende para qué las necesita si va a ser el en-

cargado de la gasolinera. Le he dicho que tiene que aspirar a algo mejor que Roseland. Eso no le ha hecho mucha gracia.

—A veces hay que dejar que hagan lo que consideren mejor. —Nate se arrepintió de sus palabras al instante.

—Ya. —Big Eddie se frotó el mentón, pensativo—. Me imagino. Lo que pasa es que... Así es la paternidad, supongo. Uno quiere lo mejor para sus hijos, verlos abrir las alas y echar a volar. Creo que va a hacer grandes cosas. Algún día. Pero no sé si podrá hacerlas aquí. —Se encogió de hombros—. Ya me entenderás cuando tú también tengas críos.

Eso no iba a ocurrir. Nate no tenía paciencia para ocuparse de críos. No le gustaban, ni él les gustaba a ellos. No estaba en su destino.

—Claro —dijo, sin embargo, porque era lo que se suponía que debía decir.

—Pues entonces más vale que vayas tirando —dijo Big Eddie—. Sé que aún te queda un buen trecho. Podría pasar-me toda la tarde aquí, pegando la hebra. Eso dice la parienta. Y sus hermanas. Y Benji. Y casi todo el pueblo.

A Nate no le cabía la menor duda. Big Eddie daba el tipo: era amigable y abierto. Nate no. Para nada. Se guardó de nuevo la cartera en el bolsillo.

—Gracias. Te lo agradezco.

Big Eddie le estrechó la mano otra vez. En esta ocasión el apretón fue un poco más fuerte, como si intentara decirle algo a Nate sin pronunciar palabras.

—Si necesitas algo, solo tienes que pegar un grito, ¿vale? Esas provisiones no te durarán eternamente. Si te hace falta cualquier cosa, me avisas y nos encontramos a medio camino. Así te ahorras el tute.

—No tienes por qué...

—Nate, tómatelo como lo que es: amabilidad. A veces la necesitamos, aunque no sepamos cómo pedirla.

Nate desvió la mirada con un carraspeo.

—Gracias. Así lo haré. —Se dio la vuelta hacia la camioneta.

Antes de salir a la carretera, volvió la vista hacia la gasolinera. Big Eddie estaba inclinado sobre el mostrador junto a su hijo, mirando el papel con el entrecejo arrugado. Benji. Era curioso lo evidente que resultaba su parentesco. De tal palo, tal astilla.

Nate arrancó y dejó Roseland atrás.

Había una señal apenas visible tras una maraña de vegetación, árboles y arbustos silvestres. Alguien que no hubiera sabido que estaba ahí no la habría visto, ni tampoco el desvío. Nate estuvo a punto de pasárselo porque lo distrajo un ciervo que se movía en la espesura, a la izquierda. Pisó el freno un poco más fuerte de lo que pretendía, y el cinturón de seguridad se le clavó en las caderas. Los neumáticos chirriaron contra el asfalto, y echó un vistazo por el retrovisor para asegurarse de que no hubiera ejecutado esa maniobra estúpida delante de otro coche.

No tenía a nadie detrás. No había visto ningún otro vehículo desde que había salido de Roseland.

LAGO HERSCHEL, decía la señal. 35 KILÓMETROS.

Una flecha apuntaba a un camino de tierra.

Se quedó ahí parado, en la carretera, en medio de aquel bosque en las montañas, más rato de la cuenta.

Al final, puso el intermitente de la camioneta y torció por el camino de tierra.

Estaba más llano de lo que esperaba, lo que significaba que Big Eddie tenía razón respecto a que había sido un invierno suave. Si hubiera sido normal, aún habría nieve en el suelo. No era raro que se desataran ventiscas de primavera, en las que se respiraba un aire distinto que en las borrascas invernales. En primavera siempre se percibía más electricidad en el ambiente, mientras la nieve caía sobre las flores recién abiertas, y los rojos y violetas resaltaban de forma casi escandalosa contra el blanco.

Pero esto le facilitaba las cosas. No había pensado en poner cadenas en las ruedas de la camioneta al partir de Eugene tras reunirse con el abogado inmobiliario. Había volado hasta allí desde Washington. El abogado lo había recogido en el aeropuerto, pues su hermano estaba demasiado ocupado. O eso había dicho. Pero Nate se olía que no era así, y se dio cuenta de que el abogado tenía ganas de interrogarlo («porquéporquéporqué»), pero de alguna manera había conseguido contenerlas. El hombre, que tenía una calva incipiente y estaba muy parlanchín, le había dicho de un tirón cuánto sentía lo de sus padres antes de ponerse a hablar de los Trail Blazers.

—No le vi en el funeral —declaró en cierto momento.

—Ya me lo imagino —había respondido Nate, mirando por la ventanilla.

—No hay dinero —dijo el abogado más tarde—. La gente siempre quiere saber cuánto dinero va a heredar. No voy a andarme con paños calientes. Se lo han dejado todo a la familia de su hermano. Para sus hijos. La universidad no sale barata.

Nate no quería su dinero.

Ni siquiera quería la cabaña o la camioneta.

Pero los había aceptado de todos modos, porque no le quedaba nada más.

—Firme aquí —había dicho el abogado—. Su firma aquí, las iniciales aquí, aquí y aquí, y fíjese, ahora es el orgulloso propietario de una Ford F100 de 1974 y de una cabaña con un terreno de uno coma seis hectáreas en medio de ninguna parte. Enhorabuena. Shelley, haz una copia de cada uno de estos documentos para el señor Cartwright, por favor.

Tras hacer estallar ruidosamente un globo de chicle, su secretaria había cumplido el encargo al pie de la letra.

A Nate le habían dado varias llaves: la de la puerta principal, la de la puerta de atrás, la del cobertizo y dos de la camioneta.

Le habían entregado copias de todos los papeles.

Lo habían acompañado hasta la puerta.

—Si necesita algo, solo tiene que avisarme —había dicho el abogado, aunque ambos sabían que esa sería su última conversación.

La camioneta estaba en el aparcamiento, donde su hermano la había dejado un par de días antes.

Era blanca con embellecedores verdes. Las ruedas parecían un poco desnudas. Había un armero apoyado en el parabrisas trasero, el mismo en el que había estado colgada la escopeta que su padre había disparado contra su madre y luego contra sí mismo. Nate se había pasado largo rato de pie en el aparcamiento del centro comercial, contemplando ese armero.

Se había quedado unos días en Eugene, realizando llamadas desde su habitación en el Motel 6. Había llamado a la compañía de aguas para que le restablecieran el suministro, y al trastero de Washington donde guardaba sus cosas para alquilarlo unos meses más.

Su correo se reenviaba a un apartado postal que podía comprobar cada mes.

Y así, de un día para otro, fue como la vida de Nate Cartwright quedó bien envuelta y atada con un lacito.

Se había quedado una noche más en el Motel 6, tumbado, contemplando el techo y escuchando los camiones que pasaban por la autopista a las tres de la madrugada.

A la mañana siguiente, había ido a Walmart justo a la hora de apertura con el fin de comprarse lo necesario para pasar una larga temporada lejos de todo. Ni se inmutó cuando le leyeron la suma total de su compra. Le daba igual.

Pasó por un bache.

La carrocería de la camioneta se estremeció.

Redujo la velocidad. No quería sufrir un pinchazo estando tan arriba en las montañas. No llevaba rueda de recambio.

El lago Herschel había sido un destino turístico popular en los años cincuenta y sesenta. Donde antes solo había un puñado de cabañas, de pronto habían proliferado por decenas. Eran bungalós de alquiler y segundas residencias lo bastante separadas entre sí para dar la impresión de que estaban aisladas del mundo, pero el lago Herschel y el bosque que lo rodeaba se llenaban de gente que iba de pícnic o de niños que saltaban al agua desde los embarcaderos o los columpios de cuerda.

La burbuja se había desinflado a finales de los años setenta, cuando la empresa a la que pertenecía la mayoría de las cabañas había quebrado. Todo se había venido abajo. La Oficina de Administración de Tierras había comprado gran parte de los terrenos, pero no se había hecho nada respecto a los bungalós de alquiler, que habían quedado abandonados.

Los padres de Nate habían llegado en 1980. Se habían enamorado de la zona y habían encontrado una cabaña más apartada de las demás que estaba en venta. Su dueño era un

hombre mayor cuyos hijos querían meterlo en una residencia y vender la casa. Un par de meses después, los Cartwright eran propietarios de una cabaña en el bosque.

Nate tenía trece años la primera vez que había ido al lago Herschel.

La quietud del lugar lo había asustado.

Se había acostumbrado al cabo de una semana.

Luego, cuando volvía a casa, todo le parecía muy ruidoso.

Es lo que quería en ese momento: quietud, espacio para pensar, para aclararse las putas ideas. Tenía que decidir qué iba a ocurrir a continuación.

Divisó el lago por primera vez veinte minutos después, un destello de sol en el agua. Tuvo que parpadear para borrar de la retina la imagen residual que se le había quedado grabada.

Pensó en parar, descalzarse sus viejas zapatillas Chuck Taylor y remojar los pies. El agua del lago estaría helada. Procedía de arroyos que nacían montaña arriba. La temperatura ya era considerablemente más fresca que en Rose-land. Tal vez le provocaría un choque frío que le reiniciaría el cerebro.

Sin embargo, el sol estaba cada vez más bajo, y empezaban a formarse vetas en el cielo. Quería llegar a la cabaña antes del anochecer, y para ello aún tenía que rodear el lago.

Continuó adelante.

Ya habían aparecido las primeras estrellas en lo alto cuando enfiló el largo camino de acceso a la cabaña. Había encendido los faros de la camioneta diez minutos antes, pues la densa floresta tapaba buena parte del sol agonizante.

También había subido la ventanilla, intentando convencerse de que tenía la carne de gallina a causa del aire de la montaña.

Puso el intermitente de nuevo antes de torcer por el camino que conducía a la cabaña, solo por la fuerza de la costumbre. No había nadie más por ahí.

El camino era un poco más accidentado que la carretera. La camioneta gemía y traqueteaba. Los haces de los faros saltaban y se reflejaban entre los árboles. Mantenía la velocidad baja mientras escuchaba cómo sus escasas pertenencias botaban por la caja del vehículo y los bidones de gasolina chirriaban de forma estridente.

Y allí, con el mismo aspecto que ofrecía catorce años atrás cuando la había visto por primera vez, estaba la cabaña.

No era nada del otro mundo. Una casa de una sola planta; un porche pequeño; dos dormitorios, uno un poco más grande que el otro; dos baños con duchas en las que el agua salía gélida o hirviendo; una cocina mínima con fogones y un frigorífico antediluviano; un salón con un sofá que su madre había insistido en llevar hasta ahí, alegando que no iban a vivir como salvajes en medio del bosque, ¿te imaginas? Y había sido un auténtico suplicio atar el trasto a la caja de la camioneta con cuerdas elásticas y subirlo hasta la montaña solo para descubrir que no entraba por la puerta principal. Se había producido un momento de pánico en el que a sus padres se les puso cara de que *alguien* iba a romper a gritar, hasta que el hermano de Nate había señalado que la puerta de atrás era más ancha y habían conseguido hacerlo pasar por ahí. Un cojín se rasgó y los paneles de madera en torno al marco quedaron desportillados, pero habían logrado meter el sofá, todos muertos de risa y con el rostro chorreando sudor.

Sin embargo, a Nate lo que más le gustaba de la cabaña eran los libros.

Les habían vendido el bungalow con todo su contenido. Los hijos del señor mayor se habían llevado los objetos con valor sentimental, pero habían dejado cosas que a Nate le parecían increíbles. La cabeza de un ciervo, con astas de ocho puntas y ojos negros brillantes, colgada en la pared del salón («quítad eso de ahí», exigió su madre casi de inmediato); decenas de latas de Spam («no creo que eso caduque nunca», farfulló su padre, contemplando la despensa con los ojos amusgados); dos paquetes de tabaco abiertos y a los que les faltaban algunos cigarrillos («no se lo digas a mamá —le había advertido su hermano mayor—, pero me los voy a fumar como un carretero»).

Y los libros. Un montón de libros.

Cubrían los viejos estantes montados en la pared del fondo del salón. Había cientos, casi todas novelas del Oeste de Louis L'Amour (*Colinas de fuego*, *Fuerte solitario*, *Hanging Woman Creek* y *Bajo el cañón de Sweetwater*). Había un puñado de volúmenes a los que apenas había conseguido echar un vistazo antes de que su madre se los arrebatara de las manos (*La favorita del profesor*, *Perversidad* y *Todo vale*). La cubierta, que mostraba imágenes de mujeres semidesnudas en poses provocativas, prometía narrar la historia de cómo Judy se había quedado después de clase para sacarse el título mediante clases particulares especiales o de cómo una vampiresa sedienta de amor sucumbía a sus insaciables deseos. Esos libros no tardaron en esfumarse.

Pero tenía vía libre para leer los demás, así que sus veranos se llenaron de novelas del Oeste, aventuras fronterizas de indios, vaqueros y llanuras rojizas bajo el sol abrasador. Cogía un libro o dos y desaparecía el día entero entre los árboles, donde comía moras para el almuerzo, de modo que,

cuando se encaminaba de vuelta a la cabaña, tenía los dedos y los labios teñidos de un morado chillón, y las páginas estaban manchadas.

Allí había sido feliz. Se había sentido libre.

Y tal vez por eso volvía a estar allí. Quizá por eso había regresado. Hacía mucho tiempo que Nate Cartwright no era feliz. Las cosas resultaban más sencillas cuando tenía trece, catorce o quince años y su cuerpo estaba cambiando, le salían granos en la frente, gallos al hablar y vello en sitios donde antes no tenía. Había sido un muchacho torpe y desgarrado, de brazos y piernas larguiruchos, que se subía las gafas todo el rato. Su hermano rezongaba y gimoteaba por estar *otra vez* lejos de sus amigos y su novia, y sus padres ya habían desconectado mentalmente, pero Nate agarraba los libros y se pasaba horas fuera, sentado al pie de un árbol, a veces leyendo y a veces imaginándose que era un colono de la frontera, que estaba en tierras inexploradas, con la cabaña que había construido situada en algún lugar detrás de él, y que se encontraba solo, solo de verdad, tal como le gustaba.

Tal vez por eso había regresado ahí: para estar solo.

No porque quisiera reconectar con las dos personas que lo habían expulsado de su vida. Claro que no. Ya había superado esa fase hacía un tiempo. El hecho de que le hubieran dejado la cabaña y la camioneta no significaba una mierda. A lo mejor les había podido el sentimiento de culpa. No le importaba. No en ese momento. Ya no.

La casa estaba a oscuras.

Se sentía agotado.

Si su madre había ido ahí en septiembre, la cabaña no estaría tan mal por dentro. Bastaría con abrir un par de ventanas para ventilarla y quizá limpiar la fina capa de polvo que se hubiera acumulado. Pero no sería mucho, cosa que agradecía.

Apagó el motor. Los faros se extinguieron.
Cuando abrió la puerta, las estrellas titilaban en lo alto.
El cielo estaba jaspeado de rojo, rosa y naranja.
La superficie del lago parecía estar en llamas.
Oía el canto de los pájaros en los árboles, y el rumor de las olas en la orilla.
Se bajó de la camioneta.
La grava crujió bajo sus pies.
Cerró la puerta tras de sí con un chirrido que resonó ligeramente.

Rodeó el vehículo para coger su bolsa de lona, que estaba en la parte de atrás. En el bolsillo lateral había una linterna que introdujo ahí después de su compra compulsiva. Pulsó el botón del mango, y el haz de luz se encendió. Recorrió con él la caja de la camioneta hasta encontrar uno de los bidones que Big Eddie había llenado de gasolina. Cuando alargó el brazo para agarrarlo, se le levantó un poco la camisa, de modo que una franja de piel delgada se apretó contra el frío metal de la camioneta. Con un escalofrío, sacó el bidón.

Se encaminó hacia la cabaña, esforzándose por no pensar en la última vez que había estado ahí. El tipo estaba chupándole el cuello mientras se tambaleaban hacia el porche, con una mano en su bolsillo de atrás y otra bajo la camisa, frotándole el vello del pecho. Aunque siempre había sido más bien flaco, cuando tenía veintiún años iba todos los días al gimnasio. En aquella época exhibía una musculatura más dura, más definida. Llevaba el cabello oscuro recién cortado, a ras del cráneo. Gemía al sentir los dientes que se le clavaban en el cuello y la lengua que se deslizaba sobre su piel. Cuando entraron, se habían despojado de casi toda la ropa, y el tipo se puso de rodillas, le bajó el pantalón hasta los tobillos, y Nate, con la espalda contra la puerta, la cabeza

echada hacia atrás y los ojos cerrados, notó que un calor húmedo le envolvía la polla.

Sus padres se presentaron dos días después, sin avisar.

—Dame la llave —había espetado su padre, fulminándolo con la mirada—. Dame la llave, y pobre de ti si te vuelvo a pillar aquí.

Ahora era una sombra. Estaba más delgado y llevaba el pelo desgreñado. Tenía los hombros un poco huesudos, aguzados. No disponía de tiempo para ir al gimnasio como antes. Todo eran tazas de café y horas sentado ante el ordenador, hablando por alguno de los teléfonos o lanzándole preguntas a gritos a algún senador que intentaba apretar el paso al máximo, con una leve sonrisa congelada en la cara como si creyera que ese lío amoroso que había tenido o el dinero que había malversado se desvanecerían si él ignoraba al chaval que le exigía explicaciones acercándole una grabadora electrónica a la cara, entre los interminables destellos de las cámaras.

Unos días atrás, Nate había vislumbrado su reflejo en el escaparate de una tienda y se había preguntado quién era el hombre que lo miraba fijamente; ese hombre de pómulos prominentes y mejillas algo hundidas; ese hombre de ojos azules apagados y fríos; ese hombre con una barba de tres días que lo hacía parecer sucio y cansado; el hombre de la camisa arrugada y ojeras moradas que se había quedado sin trabajo porque la había cagado a lo grande haciendo algo de lo que nunca se hubiera creído capaz, y allí estaba, con un título inútil, tras haberse pasado seis años pateándose las calles, persiguiendo noticias irrelevantes mientras soñaba con destapar algo gordo, un escándalo que sacudiera la ciudad hasta los cimientos. Alimentaba fantasías de ganar el Pulitzer mientras cobraba un sueldo de clase media que apenas le permitía mantenerse a flote en una ciu-

dad que sangraba en rojo, blanco y azul, al compás de un corazón enfermo.

Eso lo estaba matando.

Así que, cuando su hermano lo llamó de nuevo, él estaba buscando trabajo sin éxito. Al oír las palabras «cabaña» y «camioneta», había pensado: «qué coño, ¿por qué no?». Tenía algunos ahorros con los que podría ir tirando una temporada. Rescindió el contrato de alquiler de su apartamento diminuto, embaló sus cosas y, después de meterlas casi todas en un trastero, puso rumbo al oeste.

Era la idea más cojonuda que había tenido en mucho tiempo.

Aclararía sus ideas. Se tomaría unos días, se despejaría la mente y luego se sentaría a aclarar sus ideas. Siempre lo hacía. Se le daba bien cuando se daba permiso para hacerlo.

Caminó hacia un lado de la cabaña y se dirigió a la parte de atrás, donde estaba el generador, dentro de una pequeña caseta. Comenzó a manipular las llaves con torpeza, y la linterna se le resbaló un poco, de modo que el haz iluminó sus pies. El bidón le golpeaba la pierna, y la gasolina se agitaba en su interior. Notaba la suavidad de la hierba al caminar.

Encontró la llave de la caseta, que por fortuna llevaba pegada a un trozo de cinta marcado con una C. También había una con las letras PP, correspondiente a la puerta principal, y otra con las letras PT, que indicaban que era la de la puerta trasera. Una estaba señalada como CB, las siglas de «cobertizo para el bote», una estructura de madera situada junto al embarcadero en el lago. Como nunca habían tenido un bote, habían acabado usando aquel cobertizo como almacén. Más tarde tendría que dedicar un tiempo a vaciarlo y limpiarlo, para ver qué quedaba ahí guardado.

La caseta estaba...

Se paró en seco.

El asa metálica del bidón se le clavaba en la piel de los dedos doblados.

El candado colgaba de la puerta de la caseta, abierto.

La puerta estaba entornada. Solo unos milímetros, en realidad.

Eso no era...

Sacudió la cabeza.

No había por qué preocuparse. Su madre se habría olvidado de cerrarla bien la última vez que estuvo ahí. Fue un error inocente. Esperaba que el generador no hubiera sufrido daños en el ínterin. Aunque había sido un invierno suave, había nevado. Y llovido.

Se acercó a la puerta de la caseta y dejó el bidón sobre la hierba.

Extendió el brazo y apretó el arco del candado, solo para comprobar que no estuviera roto. Sonó un chasquido. Había quedado firmemente fijado. Introdujo la llave y la giró. El candado se abrió al instante.

Un error inocente. La mujer debía de estar distraída. Tal vez Joy la estaba llamando a voces y se había olvidado de echar el pestillo antes de dar media vuelta hacia la cabaña.

Sin embargo, cuando abrió la puerta de la caseta, lo golpeó una vaharada de aire cálido. Como si el generador hubiera estado en marcha poco antes.

Frunció el ceño.

Entró en la caseta. Alargó la mano para tocar el generador. El metal estaba caliente. No era una casualidad.

¿Su madre lo había dejado encendido durante todo ese tiempo?

Eso no tenía sentido. Aunque lo hubiera hecho, se le habría acabado la gasolina varios meses antes, aunque to-

das las luces de la cabaña estuvieran apagadas. No habría estado...

Oyó el inconfundible sonido metálico de una pistola al amartillarse.

Notó en la parte posterior de la cabeza la presión de un objeto duro que se le hundía en el cuero cabelludo.

—Vas a dejar la linterna en el suelo —dijo una voz—. Luego, vas a levantar las manos despacio. Entrelaza los dedos detrás de la nuca. Como intentes jugármela, o trates de sacar algo que lleves escondido, o no hagas exactamente lo que te digo, te vuelo la cabeza. Sin dudarlo.

Los sentidos de Nate se aguzaron. Su campo de visión se estrechó. El corazón le martilleaba desbocado en el pecho. La sangre le rugía en los oídos. Tenía la mente totalmente en blanco, recubierta de un manto lechoso.

Una vez lo habían atracado, en la estación de metro de Bethesda. El hombre, con una navaja y una expresión desesperada, movía los ojos rápidamente de un lado a otro. Le había pedido la cartera a Nate.

—Venga —había repetido con voz monótona—. Venga, venga, venga, tío. Anda, espabila, dámela ya.

En ese momento se sentía igual. Tenía miedo, claro, lo que ocasionó que se le paralizaran los músculos y el cerebro se le cortocircuitara con un sonoro chisporroteo. La navaja no era moco de pavo, sino una buena faca con la hoja afilada, y, aun así, de algún modo, Nate había conseguido entregarle la cartera al hombre, que, después de quitársela de la mano, se largó.

Los transeúntes pasaban por su lado como si nada.

Se había quedado largo rato ahí de pie.

Al final, había recuperado la movilidad, había encontrado a un policía del metro y había presentado una denuncia.

—Seguramente no volverá a ver su cartera —le había di-

cho el poli—. Es un rollo, pero tendrá que cancelar las tarjetas y tramitar un nuevo carné de conducir. No aparecerá.

Eso fue justo lo que hizo.

Su cartera no apareció.

Era de piel, un regalo. Nada muy lujoso. Y llevaba veinte pavos dentro, nada más.

A pesar de todo, durante los meses siguientes, cada vez que bajaba al metro, se mantenía alerta. Ignoraba qué haría si se encontraba otra vez con aquel tipo o si lo veía en el tren. ¿Se encararía con él? ¿Le diría: «Oye, te acuerdas de cuando me pusiste una navaja en el vientre y me arrebataste mi sensación de seguridad»?

Nunca volvió a ver al tipo, claro. Las cosas no funcionan así.

Pero el miedo era el mismo. Se sentía como si su mente hubiera abandonado su cuerpo, como si se hubiera separado en dos y estuviese funcionando en piloto automático. Aunque era consciente de que hacía frío, ya no lo notaba. Sabía que el aire en el interior de la caseta estaba caliente, pero eso correspondía al pasado.

En ese instante no había nada más que la pistola contra su cabeza.

La voz profunda y ronca tras su espalda.

Se inclinó lentamente, sin dejar de sentir en ningún momento la presión del cañón en la nuca. Dejó caer la linterna, que rebotó en el suelo de madera de la caseta con un golpe seco.

Se enderezó de nuevo, moviéndose como si estuviera debajo del agua. Se llevó las manos detrás de la cabeza, como le habían ordenado, de modo que las llaves se apretaron contra su cuello.

El otro se las quitó antes de que pudiera entrelazar los dedos.

Las oyó tintinear tras él.

El cañón de la pistola no se despegó ni un milímetro.

Se agarró la parte posterior del cuello con fuerza.

—No tengo mucho dinero —dijo—. Llevo la cartera en el bolsillo derecho de atrás. Puedes quedarte con todo lo que haya dentro.

—¿Llevas algo más encima? —inquirió la voz.

—No.

—¿Para quién trabajas?

Esa pregunta no se la esperaba. No fue capaz de procesarla. No la entendía.

—No trabajo para nadie —dijo.

—Y una mierda —gruñó el hombre, en un tono más enfadado—. ¿Vienes solo? ¿Quién te acompaña?

—Nadie.

—¿Quién sabe que estás aquí?

Nate parpadeó varias veces.

—Pues... Big Eddie. De la gasolinera de Roseland. Mi hermano, seguramente. —Tragó en seco—. El abogado que me entregó las llaves. Y ya está.

—¿De qué coño hablas?

—Me has preguntado quién...

—¿Vienes de la Montaña?

—Sí, he subido conduciendo por la ladera. Así es como he llegado.

—Mentira. ¿Cómo nos has encontrado?

—No he encontrado a nadie. —Empezaba a sonar un poco como un histérico. No podía evitarlo. Se le estaba cerrando la garganta, y el pánico le oprimía el pecho—. Mis padres murieron y me dejaron la cabaña, así que cogí la camioneta para venir aquí y alejarme del mundo, ¿vale? Eso es todo. No hay más. No tenía nada salvo esto, esta cabaña de mierda y esa puta camioneta. Es lo único que me queda, y...

—Creo que dice la verdad —intervino otra voz, femenina y más joven.

El cañón del arma se apartó ligeramente.

—Te he dicho que te quedaras dentro de la casa.

Nate cerró los ojos.

—Ya —dijo la chica. Dios, qué voz tan joven tenía—. Pero ya ves, aquí me tienes.

—Está mintiendo. —El cañón volvió a apretarle la nuca—. ¿Qué te dije?

La chica suspiró.

—Que las casualidades no existen. Que todo sucede por una razón.

El hombre tosió. A juzgar por cómo sonaba, aquello debía de doler.

—Y ahora está aquí.

—A lo mejor estaba escrito. Tal vez sea...

—No sigas.

—Todavía estás herido. Deberías descansar.

—Ya te he dicho que estoy bien. Tenemos que averiguar para quién trabaja. Podrían ser...

—¿Se va a mear encima? —El tono de la chica destilaba demasiada curiosidad—. ¿No es eso lo que pasa cuando tienes mucho miedo? Leí en un libro que puedes perder el control de los intestinos y...

—Art. Vete dentro. Ya.

—No. No pienso apartarme de ti. Me lo has prometido. El hombre soltó lo que parecía un bufido de dolor.

—Madre mía. Ya lo sé, ¿vale? Sé que te lo he prometido, pero no podemos correr riesgos. Las casualidades no existen. Si está aquí, es por un motivo, y tenemos que...

—Tiene razón —dijo Nate sin pensarlo—. No estoy mintiendo. Os juro que no...

Volvió a sentir el cañón en la nuca.

—No le hables a ella —gruñó el hombre—. Ni se te ocurra dirigirle la palabra. Dime cómo nos has encontrado y quién más va a venir.

—Nadie —graznó Nate—. No hay nadie más. Esta es la cabaña de mis padres. Están muertos. Es el único hogar que me queda. No puedo...

El hombre bajó la pistola.

Nate oyó que se apartaba de él.

Tragó una gran bocanada de aire que hizo que le doliera la garganta.

—Deja las manos donde están —dijo el hombre—. Y date la vuelta despacio. Si no haces lo que te digo, te pego un tiro.

A Nate por poco se le escapó una carcajada histérica.

Pero la reprimió y se dio la vuelta.

Allí, en la penumbra, un hombre lo apuntaba con una pistola muy grande. El hombre tenía el cabello negro muy corto, casi al cero, y unos ojos oscuros pendientes de todos los movimientos de Nate. Era mayor; sus ojos entornados y su boca estaban rodeados de arrugas. Una barba de pocos días le cubría las mejillas y el mentón. Su tez era pálida, y la mano le temblaba ligeramente. Tenía el brazo alrededor de la cintura, para sujetarse el lado opuesto del torso con una de sus grandes manos. Llevaba vaqueros y una camisa de franela desabrochada. Nate alcanzaba a ver la piel y el vello del pecho y el abdomen, así como lo que parecía un grueso vendaje en el costado.

A su lado había una niña.

No estaba asustada, a diferencia del hombre junto a cuya pierna se encontraba, con una mano envuelta en el faldón de la camisa. Tampoco estaba enfadada como él. Su rostro no mostraba más que curiosidad. Llevaba la cabellera rubia recogida hacia atrás en una cola de caballo, con unos me-

chones sueltos colgándole junto a las orejas. Tenía los ojos grandes y la naricilla respingona. Una camiseta con un dibujo de un Oso Amoroso cubría su menuda figura.

El hombre era corpulento. Le sacaba un palmo a Nate. Parecía casi tan ancho como alto. A su lado la niña resultaba diminuta, pues su cabeza apenas le sobrepasaba la cintura.

—Buenas, mozo —dijo la chiquilla—. Me llamo Artemisa Darth Vader. Mucho gusto en conocerte, rediez.

—Art —refunfuñó el hombre.

—Me has dicho que actúe con normalidad, Alex —alegó la niña, alzando la vista hacia el hombre—. La gente normal se presenta. Lo leí en un libro.

—Qué cojones... —farfulló Nate.

—También te he dicho que no debes hablar con extraños —espetó el hombre (¿Alex?). Desvió el cañón del arma hacia la izquierda. Parecía estar bamboleándose.

—No es un extraño —repuso la cría, bajando la mirada de golpe—. Se llama Nathaniel Cartwright. Vive en Washington.

—¿Cómo narices lo has...? ¡¿Eso es mi cartera?!

Ella lo miró de nuevo.

—Sí. Es tu cartera. Muy perspica.

—¿Cómo la has...? —Ella se la había quitado sin que él lo notara.

—Has dicho que podíamos quedarnos con ella. Vaya. Tenías razón. No hay mucho dinero aquí dentro. Qué lástima. Huele raro.

—¡Art! —bramó el hombre de nuevo—. Entra en la casa. Ahora mismo.

Y entonces, cuando parecía que la noche de Nate no podía ponerse más extraña, el hombre se quedó con los ojos en blanco y se desplomó.

La pistola se le cayó de la mano.

—Mira que le he dicho que no se excediera —dijo la chica que se había presentado como Artemisa Darth Vader—. Debería hacerme más caso. —Alzó los ojos hacia Nate—. Nathaniel Cartwright, de Washington. Ea, mozo, ven aquí y échale una mano a una camarada vaquera, haz el favor. Tengo que llevar a este muchachote a esa barraca de allá.

Nate hizo lo único que pudo.

Se desmayó también.